

Pedro Morera Villalobos (30 abril 1933-19 setiembre 2012)

El parasitólogo y patólogo Pedro Morera Villalobos alcanzó la fama mundial por sus estudios sobre *Angiostrongylus costaricensis* Morera & Céspedes, 1971, nemátodo parásito cuyo ciclo incluye babosas, ratones y al ser humano.

Mi más vivo recuerdo de él corresponde a una mañana en la cual llegué a trabajar a su laboratorio en el Hospital San Juan de Dios y hallé la puerta cerrada. Un mensaje de don Pedro pedía que lo buscara en una de las salas del hospital. Mi sorpresa fue que estaba allí no como médico, sino como paciente. Yacía en cama, muy débil y con una sonda nasal: había estado a punto de ahogarse en un accidente de natación y se encontraba apenas recuperándose, pero aun así se había preocupado de que yo, que era un joven estudiante que iniciaba con su ayuda la primera investigación, pudiera trabajar. En una mesita cerca de su cama me tenía las llaves del laboratorio. Creo que este recuerdo lo define como ser humano y como científico: alguien de su fama internacional que aun así toma tiempo para ayudar a un novato de potencial desconocido ¡tras estar a punto de morir!

Don Pedro nació en Alajuela, una de las mayores provincias de Costa Rica, el 30 de abril de 1933. Entre 1952 y 1957 fue Auxiliar en el Laboratorio de Patología del Hospital San Juan de Dios, el principal hospital costarricense de la época. Tuvo un especial cariño y agradecimiento desde esa época para su mentor, el patólogo clínico italiano Ettore de Girolami, quien jugaría luego un papel importante en la fundación de la *Revista de Biología Tropical*, a la cual don Pedro seguiría teniendo especial cariño por el resto de su vida.



Siendo estudiante sobresaliente, tuvo desde muy joven puestos destacados para alguien de su edad; ya en 1954 enseñaba en la Escuela de Enfermería y en 1956 se convirtió en Miembro del Comité Editorial de la *Revista*, a cuyas reuniones estuvo asistiendo durante... ¡57 años!

En 1957 inició estudios de posgrado en la Universidad de Pavia en Italia y también allí sobresalió, pasando pronto a ser miembro de diversas asociaciones profesionales que con los años llegaron a incluir el Colegio de Microbiólogos y el Colegio de Biólogos de Costa Rica así como su Academia Nacional de Ciencias, la Federación Latinoamericana de Parasitólogos,

la Società Italiana di Biologia Sperimentale, la American Society of Tropical Medicine and Hygiene y la American Society of Parasitology.

Tras concluir sus estudios en Italia se trasladó a los EE.UU. para acabar su formación. Allí estudió en la Universidad Estatal de Luisiana hasta 1961. Regresó a Costa Rica y pronto fue acogido como docente en la Escuela de Biología (allí impartió el curso de Microtécnicas Biológicas) y las facultades de Medicina (Histología y Embriología; Parasitología Médica) y Microbiología (Histología Normal; Patología General). Sus alumnos lo respetaban y valoraban y en la década de 1980 llegaría a ser pionero en el uso de la computación con fines didácticos, cuando la gran mayoría de sus colegas seguía con la tiza y el pizarrón.

Como resultado de su extraordinario trabajo, a fines de la década de 1980 tuvo el honor de ser Profesor Invitado en la Mariana University (Tokio, Japón) y en la Universidad de California. Su producción científica y su conocimiento de idiomas (dominaba perfectamente el italiano y el inglés, y además leía portugués y francés) le permitió visitar buena parte del planeta como asesor en parasitología y ser Catedrático de la Universidad de Costa Rica desde 1973.

A partir de allí vendrían una serie de altos puestos y honores en las décadas de 1980 y 1990. Fue Asesor de la Organización Mundial de la Salud e Investigador Invitado en el Instituto de Medicina Tropical Pedro Kourí de La Habana, Cuba, así como Presidente de la Federación Mundial de Parasitólogos.

El país de sus estudios juveniles lo designo Miembro Honorario de la Sociedad Italiana de Parasitología, nombramiento que valoraba especialmente. En Brasil, un laboratorio del Instituto Oswaldo Cruz (Río de Janeiro, Brasil) lleva su nombre. En los últimos años, cuando su salud se deterioró, me contaba que casi todos los médicos que lo atendían habían sido antes sus alumnos.

Aun enfermo, visitaba con frecuencia a su amigo el botánico Luis Diego Gómez, hospitalizado por un cáncer mortal, tal vez sabiendo que su propia vida también se acercaba a su fin. Pese a sus problemas de salud, hasta hace poco Don Pedro nos estuvo viniendo a acompañar en las reuniones quincenales del Comité Editorial, y aun ahora me parece escuchar su voz durante las sesiones. Aceptar esta pérdida nos tomará tiempo a todos los que lo conocimos.

Julián Monge-Nájera
Director
Revista de Biología Tropical